

juego. Se toman billetes en los cuales están representados los treinta y seis animales más conocidos en Cambodge, y en días determinados se verifica el sorteo. Si sale, por ejemplo, el elefante, el que tiene el elefante gana una suma en relación con su postura y la de los demás jugadores.

Ya es tiempo de que vaya á acostarme, y mis nuevos amigos son tan amables, que me acompañan á mi posada, con la que yo no hubiera dado seguramente. La encuentro herméticamente cerrada, y á no ser por un peluquero europeo, cuya casa es medianera con este hotel adormecido, y que tuvo á bien dejarme pasar por su trastienda, me hubiera quedado en la calle. Esto es lo que nunca me permitirá comprender el por qué los europeos de Phnom-Penh han puesto á la dueña de esta posada, á la hermosa Felicidad, el apodo de Facilidad... ¡Hay tanta dificultad para entrar en su casa!

VIII

Los mosquitos y su afición á mí.—Uno de nuestros puestos en Cambodge.—Caza dramática del elefante.—Los misioneros láicos.—El patio de Felicidad.

Y cuando se entra, ¡qué trabajos para llegar á las habitaciones entre la oscuridad, y para subir la escalera que durante la noche sirve de dormitorio á las gallinas!

Gracias á una lámpara de petróleo que hay en mi cuarto, colocada sobre una mesa, consigo orientarme. El petróleo está muy en boga en nuestras posesiones del extremo Oriente. Algunas personas sostienen que su olor ahuyenta los mosquitos. Yo creo, sin embargo, que están en un error, y en Cambodge, al menos, esos insectos se habitúan al petróleo y hasta llega á agradarles.

De todos modos, parece que se encuentran bien en mi cuarto. Revolotean, zumban y me pican en cuanto entro. Para que medie un obstáculo entre ellos y yo, me desnudo apresuradamente y me meto bajo el mosquitero; pero ellos me ven, huelen mi carne fresca de europeo, y se dicen entre ellos que el clima no me ha puesto aún enflaquecido, anémico; que mi sangre corre todavía viva, ardiente, y que la saborearán con gusto y muy pronto. Con prudencia al principio uno á uno, y luego por compañías, por escuadrones, por legiones, penetran bajo mi mosquitero, gracias á los muchos agujeros que ya observé por la mañana. Yo me vuelvo, me revuelvo, agito los brazos y las piernas y grito para asustarlos, como si me entendiesen. Nada consigo. No tienen miedo á nada los muy bribones. Vencido, extenuado por el cansancio, me extiendo, quedo inmóvil y cierro los ojos. Quizá acabe por venir el sueño. Pero no viene. ¿Cómo ha de venir con este calor, con este zumbido constante y estando acometido por las hostilidades de tantos enemigos? ¡Ah, yo los ahuyentaré! No daré á los mosquitos cambodgianos el placer de beber por más tiempo la sangre de un parisiense. Salto de la cama, me visto, enciendo un cigarro, y renunciando á dormir, me siento ante

la mesa y me pongo á ordenar mis papeles... ¡Calle! una tarjeta de visita: «Huyn de Verneville, jefe de escuadrón de artillería de Marina, encargado principal de negocios indígenas en Cochinchina.» Tuve, últimamente, en Saigón el placer de conocerle, y nos hemos dirigido algunas cartas.

Ahora me acuerdo de que M. de Verneville es célebre en Annam, Cambodge y Cochinchina por sus cacerías de elefantes... y el elefante me interesa, puesto que he sido invitado á pasearme, por la mañana, en un elefante real. Si hubiese previsto el caso, ya hubiera hecho que me hablase de esto el gran cazador que me hubiera instruído acerca de los hábitos y costumbres de mi montura. Pero ahora recuerdo que me ha dado, autorizándome para publicarla, una carta que acababa de escribir á uno de sus amigos, á M. Mercier, administrador auxiliar en Cambodge, y, como él, cazador de elefantes en los días de despedida ó de vacaciones, como entre nosotros hay pescadores de caña en los domingos.

Copio esta carta, tal como fué escrita, sin cambiar nada de su estilo, en toda su sencillez.

Acaso algunas personas censurarán las faltas que en ella encuentren. Tanto peor para ellas. Otras más inteligentes, y para ellas publico la

carta, se complacerán leyendo ese relato sin pretensiones, sencillo, escrito en país agreste, lejos, muy lejos de nosotros, á la vuelta de una caería terrible.

.....

«El mes pasado los elefantes venían todas las noches á pernoctar cerca de nosotros; y esta noche se han acercado tanto, que les oímos chapuzar en el agua, bajo los árboles que limitan la abertura que he hecho practicar frente al puesto. Empiezo á temer por la seguridad de éste, tanto más, cuanto que está construído en el emplazamiento mismo de la aldea de Tan-Linh, abandonada á consecuencia de las visitas sobrado frecuentes de los tigres y de los elefantes. Motivos tengo para temer que á estos últimos les dé el capricho de visitarnos en número considerable la noche próxima, y decido salir á su encuentro el mismo día, con una escolta compuesta de mi cocinero, del miliciano Lâm y del alcalde de Tan-Linh; total, cinco ó seis personas.

»Nos trasladamos en seguida á Dong-Mé, un villorrio cham (1) situado en el camino de Bac,

(1) Los chams son los antiguos habitantes del Sur de la Indo-China. Después de largas guerras con los annamitas, que

del otro lado del valle. Deseo que me faciliten datos acerca del camino seguido por los elefantes, porque principalmente por este lado es por donde han producido más estruendo la noche pasada.

»Los chams de Dong-Mé deben ser gentes honradas, porque duermen el sueño de los justos; no han oído nada. Los dejo después de almorzar; pero en vez de seguir el sendero que atraviesa el monte que usted conoce, mi querido Verneville, tomo el camino de los carros de bueyes y llego hasta el valle, en gran parte inundado y cubierto de altas hierbas. Sólo descubro huellas abundantes de los enormes animales.

»Fatigado por esta caminata, me vuelvo con mi escasa tropa (aumentada con un cham, rico propietario de Dong-Mé que nos rogó que le permitiéramos acompañarnos) á la ladera del monte, donde hacemos alto bajo los árboles. Una hora después, volvemos á emprender la marcha... Apenas empezamos á andar, distinguimos en el valle, á cien pasos de nosotros, dos mons-

los vencieron, se retiraron á Cambodge, donde se les respetaron sus costumbres y sus prácticas religiosas.

trnosos elefantes que pacen tranquilamente, sin sospechar nuestra presencia.

»Como estábamos rodeados de grandes árboles entrelazados y gruesas enredaderas, donde podíamos refugiarnos en caso de peligro, mando que toda mi gente se suba á un montículo de termitas, que nos permite dominar las altas hierbas, y doy la señal de fuego, mientras apunto al elefante más corpulento. Mi puntería fué certera; el elefante cae como una mosca, y su compañero se aleja lanzando alaridos. Saludamos su retirada con dos ó tres disparos bien dirigidos, que le alcanzan indudablemente. Camina penosamente y le vemos caer repetidas veces, y luego levantarse y esconderse entre las altas hierbas, que pronto le ocultan á nuestra vista.

»Nos dirigimos entonces hacia el elefante que se desplomó á nuestros primeros tiros. No hace movimiento alguno. Por prudencia le enviamos otras dos balas á la cabeza. No se menea; está bien muerto. Muy gozosos, nos abalanzamos á él y le examinamos. Es un admirable elefante adulto, que tiene magníficas defensas de un metro veinte centímetros de longitud y treinta y tres centímetros de circunferencia por la base, según averigüé más tarde, midiéndolas.

»Antes de los dos últimos tiros, disparados para mayor garantía cuando ya estaba muerto, sólo había recibido dos balas, pero ambas le habían herido mortalmente. La primera, mía, le había herido por debajo de los ojos, en el nacimiento de la trompa, atravesándosela, así como la mandíbula inferior, por debajo de la cual había salido. La segunda, del miliciano Lám, puesto que es bala de fusil Gras, había penetrado por el oído en el cerebro, donde habíamos de encontrarle después. Son los dos puntos que usted me había ya desigrado como los más sensibles. De aquí, indudablemente, la muerte y el desplome instantáneo del monstruoso animal.

»El miliciano Lám dice que debemos perseguir sin tardanza al segundo elefante, y mi escolta toda no desea otra cosa. Pero es tarde, estamos ya cansados, y me parece imprudente seguir por esa inmensa llanura, recorriendo grandes distancias sin encontrar siquiera un árbol para refugiarse en caso de peligro. Creo, pues, deber ordenar la retirada. Muy satisfechos de nuestro triunfo, nos volvemos á nuestro puesto, dejando sobre el terreno á nuestra víctima, por no contar hoy con medios de trasportarla, y que pensamos venir á recoger mañana por la mañana.

»Durante la noche, estrépito infernal á nues-

tro alrededor. Son los elefantes todos de las montañas próximas. Bajan á la llanura para visitar al muerto y socorrer al herido. A pesar de nuestro cansancio, nos es imposible pegar los ojos.

»Al día siguiente, al amanecer, salgo con la misma escolta que la víspera, pero seguido de nuestros carros y de toda la población de Tan-Linh, hombres, mujeres y niños: quieren ver al animal, y llevan consigo cuantos carros y cestos poseen para llevarse la carne.

»Al llegar, nos encontramos también con los habitantes de Dong-Mé, que llegan de la dirección opuesta.

»Mientras la gente se dedica á quitar la piel al animal, busco con mis tiradores la pista del otro elefante, y la sigo hasta un macizo de bambús próximo á Dong-Mé. Debe estar peligrosamente herido: en tan corto trayecto cayó en cuatro sitios distintos. Desgraciadamente, en el cuarto sitio, donde pasó la noche junto á un montículo de termitas, se han juntado á él otros elefantes para socorrerle, y sus huellas son tan numerosas, que tomamos una pista falsa.

»Después de dos horas de una marcha inútil, volvimos á nuestro punto de partida y almorzamos alegremente á la sombra de copudos árboles en compañía de las gentes de las dos aldeas

próximas. Se dan un festín: les he regalado toda la carne del elefante muerto la víspera, reservándome sólo la cabeza y los piés. Cabeza y piés tienen tal peso, que pasamos los mayores trabajos para cargarlos en nuestros carros y llevárnoslos triunfalmente á nuestro puesto, adonde no llegamos hasta el anochecer.

»El día siguiente lo empleamos en arrancar los colmillos, en limpiar y preparar los piés y en despellejar la cabeza, lo que no es floja tarea, como sabe usted muy bien.

»Por la tarde recibo la visita de un cham de Dong-Mé. Viene á participarme que se ha dado con la verdadera pista del elefante herido anteayer. Le han visto entre un espeso arbolado próximo á unos arrozales.

»Como al día siguiente es domingo, reuno toda mi gente y decidimos, de común acuerdo, salir al amanecer.

»Durante la noche, los elefantes continúan dando muestras de su furia en las cercanías.

»Al despuntar el alba nos ponemos en camino. Para no llegar cansados vamos en carros, por lo que, y por ser muy dificultoso el tránsito por el valle en la presente estación, no llegamos á Dong-Mé hasta las nueve de la mañana. Después de almorzar comienza la cacería. Durante

muchas horas andamos desesperadamente entre un insondable laberinto de plantas acuáticas, enredaderas y hierbas inmensas, y sobre un suelo inundado, donde nos hundimos á cada paso, á veces hasta la cintura. Muy penoso es esto, pero encontramos continuamente huellas del paso reciente de numerosos paquidermos.

»Salimos, por fin, de estas espesuras, para entrar en un llano menos húmedo y menos poblado de hierba, donde al cabo podemos hacer pie. Llegamos luego, cerca del Soug-Cat, á un plantío de árboles y bambús, y á poco de llegar oímos al que desde hace tanto tiempo buscamos.

»Por fin le levantamos y le vemos alejarse, á unos veinte metros de nosotros, á través de los árboles y los bambús. Como el lugar ofrece muchos asilos para casos de apuro, doy la señal de fuego y durante media hora hostilizamos á tiros al animal. Cae dos veces, vuelve á levantarse, continúa su marcha, y, por último, se decide á tomar el camino de la llanura. Seguimos persiguiéndole y le enviamos una nueva descarga. Detiéndose entonces bajo un árbol, á unos cincuenta metros de nosotros, y nos mira.

»Es un elefante monstruoso, de enormes colmillos, y es el que herimos el otro día, porque re-

paramos que era casi blanco... lo cual es raro.

»Atacado de nuevo, se aleja más apresuradamente y se dirige á la parte arbolada y espesa de la ribera. Seguimos sus ensangrentados pasos durante más de una hora, y ya creíamos que íbamos á alcanzarle, cuando se lanzó al río y le atravesó á nado.

»¿Qué hacer? El río tiene cerca de treinta metros de anchura y de quince á veinte de profundidad, y las lluvias le han convertido en torrente. Nos es imposible atravesarlo á nado como el fugitivo, sobre todo á mí, que no sé nadar. Afortunadamente, uno de los chams que nos sirven de guías nos ofrece ir á buscar barcas á Bacninh, del otro lado.

»Vuelve dos horas después. Pasamos al fin el río, y seguimos la huella sangrienta. Sigue todavía por las hierbas y las gigantescas plantas acuáticas que bordean todas las corrientes de agua de esta región, y luego atraviesa un admirable ramillete de elevadísimos árboles. Al salir de este bosque, el animal ha ido á arrojarle á un lago negruzco, tanto más sombrío cuanto que el sol empieza á ocultarse, y la tempestad que se aproxima oscurece el cielo.

»Creo, pues, prudente dar la señal de retirada y volvernos á nuestras piraguas con una lluvia

torrencial. Nuestro pequeño ejército llega á la aldea de donde salió esta mañana. Todos están mojados hasta la médula de los huesos, transidos de frío, rendidos y muertos de hambre. Pero los buenos habitantes del país, que me conocen por haber ido á trabajar al puerto, y que están avisados de nuestra próxima llegada, nos tienen puesta lumbre y nos preparan sus gallinas más gordas, ó mejor dicho, las menos flacas, y nos ceden también los mejores sitios de sus pobres cabañas. Mis compañeros logran dormirse. Por lo que á mí toca, después de haber combatido todo el día con el elefante, tengo que pelear toda la noche contra los mosquitos.

»Llegamos á la trágica jornada del 29 de Agosto.

»Mal presagio; me despierto con un enorme forúnculo sobrevenido á consecuencia de las marchas por lugares húmedos de los días precedentes. Observo luego que no me quedan cartuchos de bala. Gasté ayer los diez últimos. Me decido á volver á mi casa. Pero todos opinan que el elefante ha debido morir, durante la noche, en algún lugar ignorado del bosque, por lo que envió en su busca al miliciano Lám con algunos de nuestros hombres. Salen muy animosos á las diez de la mañana, mientras yo me dirijo á mi

puesto, al que llego sin novedad al anochecer. ¡Ay! Antes que yo ha llegado una triste nueva: el miliciano Lám ha sido muerto.

»Pasado el primer momento de emoción pido que me den detalles, y hé aquí lo que dicen:

»Al separarse de mí, á las diez, volvieron á encontrar la pista de ayer, que siguieron durante algún tiempo y que les condujo á un montículo de termitas, al pie del cual dormía el elefante por tanto tiempo perseguido y que creíamos ya muerto. Enloquecidos por nuestro triunfo anterior, no vacilan en subir al montículo, ante el que yacía su enemigo, le apuntan á la cabeza y le alojan tres balas á boca de jarro. Pero el animal se levanta aún y emprende la fuga á través de las elevadas hierbas, entre las que cae al poco rato. Persíguenle todos y Lám le dirige un último tiro.

»Apenas acaba de disparar, el elefante, en vez de huir, como siempre había hecho hasta entonces, se vuelve bruscamente, se precipita sobre Lám, le coge con la trompa por mitad del cuerpo, le arrebatata, y cargado así, sigue lentamente su marcha por las crecidas hierbas.

»Lám, cuya situación es desesperada, pide auxilio. Sus compañeros hacen una nueva descarga que sólo sirve para aumentar la ira del

elefante. Se detiene, se apoya en un árbol, y luego, lanzando á su enemigo al aire como una pelota, le deja caer ante sí y comienza á patearle furiosamente. Al mismo tiempo levanta la cabeza por encima de las hierbas para buscar á sus demás enemigos. Estos entonces, viendo que su compañero es hombre perdido, se refugian apresuradamente en los árboles próximos. Desde allí ven cómo el terrible animal, loco de ira, patea á Lãm durante largo rato todavía, le clava luego los colmillos y gira á su alrededor. No se aleja hasta después de haberse asegurado bien de su muerte.

»Al volver de su espanto, los cazadores bajan de los árboles y tratan de recoger el cuerpo de su compañero. Recogen su carabina, su cartuchera, de la que pende todavía la mitad del cinturón partido en la lucha, y se disponen á llevarse en hombros el cadáver sangriento y mutilado, cuando uno de ellos, que estaba en observación desde un árbol, les grita que el elefante vuelve sobre sus pasos y se aproxima á ellos. Pierden el valor y la serenidad, y huyen hacia el río.

»Durante esta huida por un estrecho sendero que costea un estanque, dos rinocerontes enormes les cierran el paso. Completamente aturdi-

dos, todavía tienen ánimos para abalanzarse á unos árboles, y desde ellos hacen algunos disparos que ponen en fuga á sus nuevos enemigos.

»Mis pobres cazadores se hallaban en tal estado de estupor y de emoción cuando al volver al puesto me refirieron estos detalles, que no vacilé en creerlos, y con más motivo ahora que ya he recorrido estos parajes.

»Pronto los verá usted, usted que nada teme, y podremos dedicarnos á hermosas cacerías, gracias á su arsenal, que debe usted traer completo y bien provisto de municiones.

»Conociendo el respeto que inspiran los muertos á las gentes del país, decido ir á buscar al día siguiente el cuerpo de Lãm, sin ocultar, sin embargo, á mi pequeño ejército los peligros de esta nueva expedición. En efecto, parece que todos los elefantes del país han jurado vengar á sus hermanos, el muerto y el herido; durante la noche, bajan al valle, y tanto se acercan á nuestros caseríos, que temiendo que los invadan, mando cargar las armas.

»No se confirman estos temores. Se limitan á patear en el agua, en derredor de nuestras empalizadas y á dar con sus trompas esos famosos golpes que tantas veces habrán resonado en sus oídos de usted.

»Por la mañana salimos en gran número, dejando el puesto custodiado tan sólo por dos ó tres hombres.

»Las riberas del Langa, que pronto atravesaremos, están literalmente deshechas por el paso de nuestros enemigos. Han destrozado todas las plantas, y en algunos sitios anchos espacios de más de ocho metros indican que caminaban de frente, unos al lado de otros. Desde ayer han debido pasar por aquí centenares de elefantes.

»Cuanto más nos aproximamos al lugar donde quedó el cuerpo de nuestro compañero, más aumentan las huellas. Las sendas y los caminos están variados; nadie puede reconocerlos. A cada paso temo que nos ataquen. Pero no es así, y al cabo de dos horas de marcha yo mismo descubro el cadáver del pobre Lám. El terreno está furiosamente pisoteado á nuestro alrededor, y cinco ó seis grandes vías nuevas, trazadas por los elefantes, terminan en aquel punto.

»Apresuradamente dispongo que coloquen entre las mantas y esteras que llevamos el cuerpo de nuestro amigo, y le conducimos piadosamente al puesto.

»En cuanto al elefante herido, no he vuelto á tener noticias de él, á no ser que sea el que es-

taba hace un momento junto á nuestra empalizada, porque le escribo á usted durante la noche. Mi larga epístola ha sido interrumpida por dos alarmas: el golpe de la trompa de un elefante y el alarido de caza de un tigre, á algunos metros del puesto. La presencia del tigre en estos parajes no me extraña. Gracias á la caza que obtuvimos el primer día, aquí todo el mundo está curando al humo carne de elefante en vez del pescado seco que nos habían prometido y que no llega. Hay que añadir que el cadáver del miliciano Lám, recientemente enterrado cerca del campamento, atrae á todas las fieras de las cercanías.

»Ya ve usted, querido amigo, que nos está usted haciendo mucha falta; así es que la noticia de su próxima llegada me regocija muchísimo. Si el director del Interior, que tan aficionado es á la caza y es tan inteligente en la materia, le acompaña á usted á Cambodge, ¿no podría unirse á usted para visitar este puesto debido á su iniciativa? Me complacería mucho poderle demostrar que no he perdido el tiempo desde que salí de Saigón.

»Nuestra instalación está casi terminada, y, cuando usted venga podrá alojarse en la caseta principal. Sin embargo, debo confesar que está

completamente desamueblada. Por todo mobiliario tiene la camita de hierro donde duermo desde hace cuatro meses. Quizá sea ésta la mejor ocasión de amueblarla, para que pueda usted encontrar en ella, después de las jornadas de marcha y de cansancio, á que sin duda va usted á estar condenado, el reposo necesario.

»Resulta también de lo que acabo de escribirle, que estamos insuficientemente armados contra los peligrosos huéspedes de estos parajes. Como usted sabe, al crearse las inspecciones forestales de Cochinchina, fué preciso dotarlas de armas de grueso calibre (carabinas para tigres y elefantes). Más necesario aún que en aquellos lugares es aquí estar provisto de ellas, pues nuestras dos últimas jornadas de caza han demostrado la insuficiencia de la tercerola Gras, y hasta la de mi fusil (calibre 12) contra los enormes animales que nos rodean, y que son mucho más numerosos de lo que lo eran antes en Baria y en Bienhoa.»

.....

Al transcribir esta carta, he estado á punto de extractarla ó darla por terminada desde la muerte del miliciano Lãm; pero he reflexionado que todos estos detalles merecen ser conocidos por las personas que se interesan por nuestras leja-

nas posesiones del extremo Oriente. Así se darán cuenta exacta de lo que por aquí se llama un puesto, es decir, un caserío, apenas una aldea, compuesta de algunas chozas, y cuyos escasos habitantes—un francés y algunos soldados indígenas—se hallan expuestos á todos los peligros y á todas las privaciones. Y no son poco dichosos cuando sólo tienen que luchar contra el calor, la humedad, la fiebre, los devoradores mosquitos, los elefantes y las fieras. Basta que nuestros gobernantes cometan cualquier falta, un tributo demasiado oneroso ó una debilidad, para que todos esos pueblecillos imperfectamente sometidos, y que en el fondo nos detestan, se subleven y los asesinen.

A pesar de esto, hombres jóvenes, llenos de salud, inteligentes, están dispuestos siempre á ocupar esos puestos ignorados, tan lejos del mundo civilizado. Son como misioneros laicos, sostenidos por la idea de que lejos, muy lejos, enseñan á amar y á respetar á Francia, como los otros, los verdaderos misioneros, enseñan á conocer y á amar la religión cristiana. Los olvidamos con frecuencia. Sí, sucede que nuestra administración ni siquiera se acuerda de enviarles unos miserables muebles, armas, municiones, lo poco que piden. Ellos no nos olvidan; piensan

siempre en la patria, tan lejana, que acaso no volverán á ver jamás. El autor de esa carta, M. Mercier, no ha vuelto á Francia. Al corregir las pruebas de este libro llega á mi noticia que ha muerto en Tan-Linh, en la frontera de Annam. ¡Honremos su memoria!

.....

.....

Decididamente, vencido por el cansancio, iba al cabo, á pesar de los mosquitos, á dormir en mi sillón, cuando de pronto llega hasta mí un gran clamoreo procedente del patio situado bajo mis ventanas. Es el gallinero de Felicidad, que despierta á las primeras claridades del alba. Cuestión de costumbre, porque yo apenas distingo, hacia el Este, por encima del río y de la llanura, una raya blanca en el cielo todavía de un azul oscuro; pero no por eso dejan los gallos de dar los buenos días á las gallinas y los gansos á las gansas, y esos cumplidos, esas ternuras ruidosas, me demuestran que toda nueva tentativa de conciliar el sueño sería inútil. Nada me queda que hacer más que procurar curarme las heridas que me han causado los mosquitos, mudarme é ir á casa de M. Orsini para que nos demos el paseo matutino que convinimos ayer.

IX

Los elefantes del rey.—Sus amores.—Mis temores.
—Dos lindas francesas.—El príncipe Enrique de Orleans y su libro.—Bonzos y sacerdotisas.—Mandamientos de Budha respecto á las mujeres, y su Manual de urbanidad.

Cuando llegué al Ayuntamiento, ya nos esperaban nuestras cabalgaduras: cinco hermosísimos elefantes del país de los *Tonorey Phluc*, muy grandes, muy costosos y muy estimados, según me aseguran, á causa de sus magníficos colmillos. Sobre su inmenso lomo hay una albarda, ó mejor dicho un colchón, sobre el que descansa el palanquín ó jaula; es decir, un pequeño diván estrecho, cerrado en el fondo y cubierto por una especie de toldo hecho de estera. La capota de nuestras victorias, á medio alzar, da de ello una idea bastante exacta. Entre la jaula y la

cabeza del elefante á horcajadas sobre su potente cuello, el cornac (*ó mahut*, como le llaman en las Indias), con su túnica de seda, sus largos cabellos anudados atrás, según la moda annamita, y llevando en la mano una varita con gancho, que hace las veces de riendas, látigo y espuelas, y sirve, cuando la palabra no basta, para dirigir, detener, hacer que vaya al paso ó que marche al trote su colosal cabalgadura. El jefe de los cornacs, un mandarín, según tengo entendido, debe precedernos á caballo. Está esperándonos, y nos invita á montar. ¿Cómo? Hay dos maneras: ó bien se apoya en la cabeza del animal una escalerilla móvil, ó bien el mismo elefante le sirve á uno de escalera: dobla su pata derecha, que forma así un escabel, y á veces le ayuda á uno con la trompa. Escojo la escalerilla, y todavía pensando que el menor movimiento del coloso hará que caiga de bruces..., y héme aquí arriba un tanto inquieto, lo confieso, sin duda por la falta de costumbre. No obstante, me tranquilizo al ver á mis compañeras de paseo: la preciosísima y encantadora hija de M. Orsini, y la lindísima esposa del jefe de la aduana, Mad. Giafferi. Sin vacilación alguna se han subido cada una á su elefante, y parecen estar tan á gusto en su jaula, sobre el movable

lomo del animal, como pudieran estarlo en su salón, tendidas sobre un diván.

Ellas son las que dan la señal de salida. Mi coloso las sigue gravemente. Los otros tres vienen luego, no menos gravemente, uno tras otro, en formación india.

¡Demonio, qué traqueteo! Pero me he balanceado tanto durante mi vida por todos los mares, que me acostumbro pronto al movimiento. Y además, me encuentro aquí más firme de lo que yo creía: si me caigo será por un accidente.

¿Qué accidentes? ¡Ah! pueden ocurrir de varias clases. Me acuerdo de algunos relatos, de ciertas lecturas: en primer lugar, el elefante no siempre tiene buen carácter. A veces toma ojerriza á su jinete, le arroja al suelo... le pisotea... ¿Y quién puede responder de que ha de serle simpático al elefante? Precisamente el que monta da señales de irritabilidad nerviosa, ó al menos de originalidad; si sus compañeros toman por la derecha para evitar algún mal paso, él se apresura á irse por la izquierda. Sus enormes orejas golpean el aire, su trompa se balancea, se agita, se repliega, se prolonga continuamente. Arranca de raíz cuantos bambús encuentra en su camino, bambús de seis piés que hace trizas, gracias á su magnífica dentadura. Por último,

en vez de pasar tranquilamente junto á los cercados y empalizadas, se complace en derribarlos y desmenuzarlos. ¡Si me habrán dado un elefante de combate ó un elefante verdugo de aquellos que los cornacs ejercitan, ó mejor dicho, ejercitaban no hace todavía veinte años, en espachurrar á un condenado con las patas ó en atravesarle con sus colmillos!

Puede también ocurrir que mi cabalgadura, sin tener mal carácter, sea sencillamente enamoradiza. No les pasa esto á los elefantes más que una vez al año, y les dura una semana. Pero nada me prueba que no estemos en la semana de los amores. En tales épocas, se vuelven indóciles, intratables, y si no pueden enamorar á una jóven y linda elefanta cautiva como ellos, se escapan á veces á los bosques en busca de aventuras. Por un instante, mi imaginación me ha transportado, sobre el lomo de mi elefante, á través de las llanuras, las montañas, los lagos y los ríos de Cambodge. Esta delirante carrera había durado ocho días, y... mi elefante seguía enamorado. En cambio yo no lo estaba. Noroddom hubiera podido confiarme el empleo de guardián, ó de monstruo, en su harem.

El amor del elefante á su hembra me lleva á pensar en la simpatía que pueden inspirar estos

inteligentes animales, cuando se vive en su intimidad, y no resisto al deseo de tomar algunas líneas del libro *Seis meses en las Indias*, que acaba de publicar el príncipe Enrique de Orleans. Es un libro delicioso: nuevo, verdadero, escrito con sencillez. Sólo me permitiré hacerle una objeción bien nimia: el autor, al final del libro, se embarca el 11 de Marzo de 1888 en el *Yang-Tsé*, con rumbo al Japón. Evidentemente equivoca la fecha, y hé aquí por qué: en 3 de Enero de 1888 el *Yang-Tsé* me ha dejado en Saigón, y no tenía tiempo para volver de Saigón á Yokohama, pasar allí doce días lo menos, volver á Marsella, permanecer en el puerto una semana próximamente, volver á salir y encontrarse el 11 de Marzo en Colombo, para recoger allí al príncipe. Creo que no tomará á mal esta ligera rectificación, que sólo prueba la minuciosa atención con que he leído *Seis meses en las Indias*, y me permitirá citar este corto pasaje tan bien estudiado:

«El elefante no se contenta con hablar, razona y calcula; y pronto he de considerarlo también desde otros puntos de vista. Así es que profeso afecto á ese buen coloso, de cráneo bicornudo, erizado por algunos pelos derechos, como si fuese un anciano sabio... con sus grandes ore-

jas, movidas constantemente á compás, y sus maliciosos ojillos ocultos bajo espesas cejas. Si se para uno á examinar su boca... que abre y cierra apretando los labios á la manera de los viejos que se han quedado sin dientes... y su larga nariz, siempre en movimiento, husmeando por todos lados, con disímulo, no puede uno menos de echarse á reir. Y mucho más si se le mira por detrás. Parece que lleva anchos pantalones arremangados que le molestan para andar. Se le figura á uno que le sobra piel al ver la multitud de arrugas que se forman entre la primera articulación de las patas y el nacimiento de la cola. ¡Y qué cómica resulta la tal cola con el plumerito de largos pelos que la termina: una verdadera escoba sujeta al extremo de una larga caña!

»Comprendo perfectamente que los indios hayan deificado á este admirable animal: su gigantesca estatura, de una parte, y de otra su ojo inteligente, casi humano, han debido dar á un pueblo sencillo la idea de un «dios maligno» que reúne todas las fuerzas de la materia y del espíritu.»

Nuestro paseo por el campo, que debía ser corto, va prolongándose. Atravesamos una aldea, y luego un juncal donde las hierbas son tan es-

pesas y elevadas que cubren nuestras cabalgaduras. Mad. de Giafferi quiere llevarnos á un bosque que dice saber y donde podremos tener un descanso; pero el bosque no parece. ¿Estará más lejos, lo habrán cortado, ó le habrá consumido el fuego, lo cual no es raro? Tenemos que regresar, sin detenernos, y el sol abrasa en el juncal, á pesar del toldo y las cortinillas de nuestra jaula. Nada tiene de particular: montado en un elefante, está uno más cerca del sol.

Al volver, tenemos un encuentro para mí muy interesante: el de algunos bonzos que vienen de pedir limosna en Phnom-Penh. Su traje gris contrasta con el verdor del campo. Se compone de una especie de túnica ó camisa, de una banda que va sobre el hombro izquierdo y de una capa del más puro amarillo, que les sirve para emborsarse arrogantemente y les da muy buen aspecto. Con la cabeza rapada, muy derechos, muy graves, caminan silenciosamente uno tras otro, llevando bajo el brazo la escudilla de las limosnas. Los fieles pobres se la llenan de arroz, de frutas ó de pescados salados. Los ricos de té, de azúcar, de tabaco y de betel. Nadie piensa en darles vino, ni licores, ni opio; cosas todas que les están absolutamente prohibidas.

Deploro no haber encontrado ningún grupo

de sacerdotisas. Se dice que en el país las hay lindas, entre las viudas que han renunciado á casarse... y no están enclaustradas. Habitan cerca de las pagodas y de las bonzerías de hombres; pero viven en un estado subalterno, una especie de servidumbre, preparando, condimentando los alimentos para los sacerdotes, limpiando sus habitaciones, cosiendo sus ropas. ¿Son acaso más íntimas alguna vez las relaciones entre bonzos y sacerdotisas? Nadie ha podido darme datos sobre el particular, y se comprende: es tanto más difícil obtener de ellos confidencias sobre este punto, cuanto que su religión prohíbe á los hombres buscar á las mujeres, y á éstas tratar con los hombres. Los mandamientos de Budha relativos á sus religiosos son terminantes:

«No sigáis jamás el mismo camino que una religiosa, á no ser porque haya necesidad de protegerla.»

«No descanséis nunca bajo un árbol á cuya sombra se encuentre una mujer.»

«Si os veis precisados á hablar á una mujer, no habéis de pronunciar más de cuatro ó cinco palabras.»

«Jamás tocaréis á una mujer. Nunca le estrecharéis la mano. No rozaréis siquiera sus cabellos.»

Y Budha tiene para sus sacerdotes otros doscientos veinte mandamientos que me guardaré bien de citar. No he tomado nota más que de los citados y los siguientes:

«No habléis cuando tengáis arroz en la boca.»

«No debéis producir ruido al masticar los alimentos.»

«Procurad no mancharos los dedos.»

Como se ve, Budha tenía idea de las conveniencias y de la corrección.

.....

Ya estamos de vuelta en Phnom-Penh á la hora de almorzar. Lo hago bien: el elefante abre el apetito.